



Mi Tercera Primera Comuni3n

Descripci3n

Aunque suene contradictorio lo digo de todo coraz3n. Es verdad que s3lo existe una oportunidad para causar una primera buena impresi3n, as3 como un 3nico momento para hacer algo por primera vez. Pero en este caso espec3fico, recibir a Jes3s en la Eucarist3a, puedo decir con sinceridad que esa espera e ilusi3n, anticipando el momento del gran encuentro, yo lo he podido experimentar id3ntico tres veces.

Mi primera comuni3n se dio de una forma totalmente espont3nea, sin fiesta, ni preparativos, ni traje blanco, ni grandes arreglos de flores. Yo ten3a ocho a3os y estaba con mis padres en Miami por unos chequeos m3dicos y un peque3o procedimiento que no deb3a durar m3s de 30 minutos. Llegada la hora de la cita acudimos a la cl3nica de quien entonces era mi otorrinolaring3logo. Me iban a colocar unos tubitos en los o3dos para drenar el l3quido que pudiera infiltrarse. Todo iba muy bien, el tubo de mi o3do derecho qued3 puesto y pas3bamos al o3do izquierdo. Los c3lculos del m3dico no pudieron prever que, dada mi cardiopat3a cong3nita, mi anatom3a interna era bastante irregular y al introducir el segundo tubo pinch3 directamente la yugular. Ya se podr3n imaginar el cuadro, la sangre sal3a de mi o3do como chisguete y el doctor angustiado con la situaci3n y nervioso de una posible demanda, hizo un "pack" de gaza con el que tap3 mi oreja, y en su mismo coche nos llev3 hasta la sala de emergencias de otro hospital... As3 me encontraba yo, con mi bata blanca ba3ada en sangre, un dolor terriblemente agudo, esperando una intervenci3n quir3rgica. Paralelo a todo esto, por televisi3n mis padres y yo ve3amos las noticias: ¡Hab3an intentado asesinar a Juan Pablo II! Era 13 de mayo de 1981 y en los telediarios no exist3a otro tema. ¡El Papa est3 herido de muerte!

Mientras esperaba a que el m3dico me atendiera, a lo lejos vi pasar a un sacerdote y yo comenc3 a llamarlo dici3ndole: "*Quiero recibir a Jesusito... Quiero recibir a Jesusito.*"

- *¿Qu3 dice la ni3a?* – pregunt3 el sacerdote a mis padres.
- *Que quiere recibir a Jes3s* – contestaron mis padres.

- *¿Pero ya ha hecho su Primera Comuni3n?*
- *No – confes3 mi mami.*
- *Preg3ntele 3por qu3 quiere recibir a Jes3s?*
- *Para pedirle que cuide al Papa y que me quite este dolor – contest3 yo casi sin pensarlo.*
- *3La ni3a est3 preparada? 3Sabe lo que va a hacer? – pregunt3 nuevamente el sacerdote.*
- *Absolutamente – afirm3 mi madre. Yo misma la he preparado.*

Cuando el sacerdote accedi3 a mi pedido inmediatamente mis padres se dispusieron hacer de esa peque3a habitaci3n de hospital un lugar digno para recibir a tan majestuoso Hu3sped. Mi mami se fue corriendo a buscar flores en las jardineras que rodeaban la entrada del hospital y luego puso en dos vasitos de papel. Mi padre por su lado, sali3 disparado al *gift shop* para comprar un angelito de pl3stico que es el 3nico recuerdo que tengo de aquel momento sin igual, y que guardo hasta el d3a de hoy como uno de mis tesoros m3s preciados. Los dos ramos de flores rojas que consigui3 mi mam3 los pusimos en la mesita con ruedas (donde comen los pacientes) junto al angelito, y por mantel mi papi sac3 su pa3uelo blanco para dar mayor dignidad a la ceremonia. Mis padres me cuentan que cuando estaba ya lista para recibir a Jes3s, todas las enfermeras que se encontraban en mi habitaci3n se arrodillaron, y en un silencio piadoso pude yo abrazar a Qui3n hab3a esperado por tanto tiempo.

La segunda vez que hice mi Primera Comuni3n fue m3s de tres meses despu3s del trasplante, una cirug3a que acab3 con todas mis fuerzas y todos mis m3sculos. Del 17 de septiembre al 6 de octubre los m3dicos me hab3an entubado y des-entubado cuatro veces porque, a pesar de mis nuevos pulmones y mi nuevo coraz3n, yo no era capaz de respirar profundamente para as3 expulsar el bi3xido de carbono y los l3quidos que aun quedaban en mis pulmones. Ese 6 de octubre, d3a de mi cumple, fue Adri3n quien me daba la noticia: Los m3dicos pensaban que la 3nica forma que yo iba a poder respirar como lo necesitaba era con una traqueotom3a. ¡Vaya regalo de cumplea3os que me estaban dando! Pero recuerdo perfectamente la voz de mi marido en ese momento: *“Cielito, 3conf3as en mi?”* ¡Por supuesto que confiaba! Confiaba –y lo sigo haciendo- mucho m3s en 3l que en los mismos m3dicos... *“Esto es lo que los especialistas est3n proponiendo –continuaba mi marido- Estamos en uno de los mejores lugares del mundo en trasplantes, con los mejores equipos m3dicos del mundo. Si ellos nos dicen que esto es lo que hay que hacer, pues creo que es lo que debemos hacer.”*

As3, m3s por amor a mi marido que por cualquier otra cosa, acept3 que ese d3a me hicieran la traqueotom3a. Pensando que esto significaba 10 pasos hacia atr3s y sin ver muy bien la luz al final del t3nel, acept3 la voluntad de Dios y a su vez la de los m3dicos. Y al d3a siguiente entend3 por primera vez en mi vida lo que era ¡respirar de verdad! Sentir los pulmones llenos y el estern3n subir y bajar con el aire, sentir el ox3geno llegar casi hasta mi est3mago. ¡Era algo nuevo y maravilloso! Antes de cumplir el mes de respirar con esta maquina, me fueron cerrando en hueco que hab3a en mi tr3quea.

Primero cambiaron el tamaño del tubo a uno más pequeño, a la semana, lo cambiaron nuevamente. Todas las semanas preguntaba a los médicos se podía recibir la comunión que el Padre Jim traía diariamente a mi mami y mi marido, *“aunque sea un trocito casi invisible”*, les rogaba. Pero no me permitían comulgar ni comer por el riesgo de infección que se daría en el caso que un pedacito de alimento terminara en mis pulmones en vez de mi aparato digestivo.

A los 3 meses (desde que se dio la cirugía) cuando ya habían sacado la máquina de mi traquea, los doctores accedieron a mi pedido. ¡Que emoción! ¡Cuánto había yo esperado este momento! Con mi mami y mi marido comenzamos todos los preparativos. Como no me permitían tener cerca ningún tipo de plantas o animales, esta vez mi mami me animó a hacer flores de papel con las servilletas del hospital. Logramos hacer todo un ramillete de rosas blancas que pusimos (nuevamente) sobre la mesa de ruedas, y como mantel una servilleta de tela. Cuando llegó el padre Jim a su visita diaria todo estaba isto. Mesa, mantel, flores... Me había sacado la bata de hospital y me puse una de mis pijamas para estar más presentable. Mi mami y Adrián se arrodillaron y yo recibí a mi Jesús de las manos del sacerdote que partía la Hostia con la punta de sus dedos y colocaba el pedacito en mi lengua. *“¡Cuánto te he extrañado Señor mío y Dios mío!”*, le repetía una y otra vez a Jesús. Después de un momento, cuando el padre Jim estaba por salir le dimos el ramo de flores de papel para que él —en nombre nuestro— se lo pusiera a la Virgen del oratorio de su casa.

La tercera vez fue ayer, día del Corpus Christi. Esta sí era la primera vez que recibía mi Primera Comunión fuera de un hospital; pero los motivos de mi abstinencia eucarística son también motivos de salud. Yo soy lo que los médicos consideran *“un paciente de alto riesgo”*. Más de una semana antes de que en Texas se implementaran las medidas de distancia social y los protocolos de aislamiento, el equipo de trasplantes de Stanford Hospital me llamó para pedirme que comenzara junto con Adrián una cuarentena voluntaria, lo que significaba que nadie entraba ni salía de mi casa. Con absoluta sinceridad puedo decir que yo vi este momento de mi vida, que llegaba sin pedir permiso, como una gran oportunidad. Era el momento de iniciar varios proyectos que habían quedado relegados: el libro, el máster, organización profunda de mi hogar... Lo único que realmente me pesaba era no poder ir a misa y recibir al Señor; y lo escribí en el post de esa semana. *“Es como si a un avión le quitan la gasolina y le dicen, ahora sí a volar!”*, fue lo que literalmente lo que puse.

Pero, como dice el dicho, *“no hay mal que dure 100 años ni cuerpo que lo resista”*; ayer llegó el día en que la enfermera coordinadora del equipo de trasplantes me dijo que si existía una forma de asistir a misa al aire libre, lejos de toda la gente, llevando todos los protocolos necesarios, podría hacerlo. El viernes pasado nos reunimos a rezar el rosario —via zoon— con un grupo de amigas de la parroquia. Ya todas habían podido asistir a misa ahora que bajaron las medidas de aislamiento en Texas. Todas menos yo. Les conté un poco mi situación personal y fue Letty (¡cuánto se lo agradezco!) la que me dio la idea. *“María Paula, en la ermita de Schoenstatt la misa se celebra en el jardín y tu puedes quedarte en tu carro si quieres, o traer una silla plegable y sentarte en el estacionamiento”* ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Mi Letti, que es de esas amigas de verdad, además me dijo que —para que yo estuviese tranquila— ella misma me traería la comunión hasta mi puesto... Pues ayer, a las 9:45 de la mañana estaba ya dispuesta y estacionada frente a la ermita, lista para misa de 10:00 am. Me

bajé del coche con un paraguas para cubrirme del sol intenso que iluminaba esta bellísima ceremonia, y me senté en el último banco, cerca del estacionamiento y lejos de todos los demás. Cuando vi a Letty llegar con uno de los ministros de la eucaristía no pude contener mi emoción. Recibir mi tercera Primera Comunión ahí, en ese banquito, acompañada, pero en soledad, me removió hasta las lágrimas. *“Jesús, mi Jesús... ¡Nuevamente estás aquí! No te alejes nunca más!”*

www.fromstanfordhospital.blogspot.com